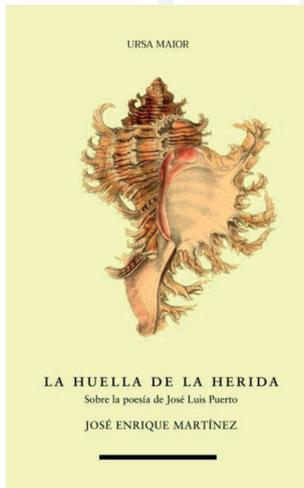


LA POESÍA COMO EXPERIENCIA ESTÉTICA DE LO SAGRADO



José Enrique MARTÍNEZ

La huella de la herida. Sobre la poesía de José Luis Puerto

Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca
y Eolas & menoslobos, 2021, 258 pp.

José Luis Puerto ha ido jalonando su trayectoria poética desde 1982 —fecha de *El tiempo que nos teje*— con la publicación de libros, plaquetas y antologías, más algunos ensayos explicativos de su manera de entender el oficio del poeta, que lo han convertido en uno de los poetas de referencia de la poesía castellano-leonesa. El conjunto de su obra ha sido reconocido con el Premio Castilla y León de las Letras de 2019.

Por su lado, José Enrique Martínez, catedrático de Teoría de la Literatura en la Universidad de León, viene desarrollando una amplia labor crítica sobre la poesía española contemporánea y ha prestado una continuada atención a la poesía de Puerto, que conoce con detalle y precisión. En el libro que reseño ensaya un análisis de conjunto, buscando las líneas de fuerza y las constantes que otorgan sentido a su quehacer poético. El primer valor en consecuencia de *La huella de la herida* es que ofrece una ponderada presentación de la obra del poeta hasta el día de hoy, un mapa detallado de los dominios de su poesía, que ha ido elaborando con lecturas y relecturas sin apresuramientos ni alharacas. Pausado ha sido el quehacer poético de Puerto y pausada debía ser la exégesis del mismo como hace José Enrique Martínez sin temor a reiteraciones en las que queda huella de la persistencia en la búsqueda y la constatación de motivos y temas recurrentes.

Más que escribir libros de poemas, Puerto ha ido escribiendo un único *Libro* donde se van integrando las sucesivas entregas de sus poesías. Más que de obras sueltas hay por tanto que hablar de *Obra* en sentido juanramoniano y guilleniano, dos de los poetas que admira. Sin necesidad de reseñar su biografía, esta se va perfilando en el estudio de José Enrique Martínez con el repaso de los poemarios con que Puerto ha ido jalonando su vida, que es la argamasa que sostiene su escritura. Orbita la trayectoria poética de Puerto en torno a unos cuantos temas fundamentales donde importa menos la hipotética originalidad que su tratamiento desde la óptica del poeta, su vida contada y cantada con afán de claridad, su tiempo convertido en palabras —no en vano ha titulado uno de sus libros *El animal del tiempo* (1999)—, atravesadas de aguda conciencia de la temporalidad, aprendida en poetas como Antonio Machado.

De modesto origen campesino —nació en 1953 y pasó la infancia en La Alberca (Salamanca)— los ciclos naturales de las estaciones otorgan una primera trama ordenadora y simbólica a su manera de ver el mundo, que nunca desaparece después. No hay trepidante vida urbana en la poesía de Puerto, sino un delicado relato del devenir del mundo rural aplicado ante todo el poeta a desvelar el sentido de los rumores de la vida. La casa familiar y el pequeño mundo que la rodea se constituyen entonces en la referencia imprescindible, en el *jardín-paraiso* que es a la vez refugio seguro y atalaya desde la que avista la realidad, escuchando las melodías del mundo, disfrutando de su belleza plena. Nombrar las cosas cotidianas es una forma de conocerlas y poseerlas. Puerto lo hace con términos de la jerga popular para que la apropiación se cumpla con todas sus connotaciones personales. Nunca olvidará el *fulgor* primero de aquellos espacios y volverá una y otra vez a aquellos días en sus poemas y hasta ideando en su madurez *Un bestiario de Alfranca* (2008) donde la memoria le devuelve a aquellos días de pequeños seres fantásticos —“libélulas duendes”, luciérnagas (“luceros de julio”), cuernicabras, «escarabajo Sísifo», golondrinas (“dicharacheras”), etc.—, a los animales domésticos y a las costumbres traspasadas de ensoñaciones legendarias, a aquel paraíso lleno de rumores pequeños y donde el agua hará ejecuta su eterno ritual de purificación y regeneración. Seres y hábitos cotidianos alcanzan así un simbolismo propio.

Pero Puerto no ha sido un niño cuya vida ha transcurrido solo en ese limitado mundo sino que desde la adolescencia fue accediendo a horizontes más amplios gracias a su educación universitaria y a una vivencia apasionada de la cultura en las ciudades donde ha ejercido su profesión de catedrático de Lengua y Literatura en institutos de enseñanza media: Sevilla, Segovia, León. Prolongando, además, su labor docente impulsando numerosas actividades culturales fuera de las aulas, viajando curioso por sitios marcados por la mano del hombre donde la contemplación de obras de arte singulares dará lugar a evocadores poemas.

El camino desde la inocencia y el asombro iniciales a la madurez va quedando jalonado por la nostalgia del *fulgor* primero de la vida. En los estratos más hondos de su poesía se manifiesta la inevitable contraposición entre Naturaleza y Cultura, la primera como fuerza elemental y nutricia con capacidad para desbordar a la segunda absorbiéndola, devolviendo las obras de los hombres a su origen. Puerto ha vivido en territorios donde la huella del tiempo se evidencia en multitud de ruinas y estelas, testimonios de culturas desgastadas cuyo significado se aplica a descifrar. Busca en los restos de las obras humanas, que va desgastando y borrando el tiempo, la fuerza fundacional que impulsó a los hombres a erigir un monasterio, a escribir un poema, a pintar un cuadro o a esculpir una estatua.

El niño a quien asombraban los quehaceres campesinos se asombra adulto igualmente viendo obras de arte con que el genio humano va dejando rastros de su potencia y también de sus limitaciones. La mayor riqueza y la mayor limitación humana es el tiempo, en sentido general y en sentido particular. La vida de un hombre es la porción de tiempo que le es dado vivir y que será mejor aprovechada cuanto más consciente sea del menguante capital que tiene entre las manos, que es suficiente si entiende bien su valor para una vida digna. Puerto disfruta contemplando las grandes obras que tiene ante sus ojos, emocionándose con ellas, meditando con sensatez acerca de los bienes del mundo. Tanto da que pertenezcan al mundo natural como a la historia de la cultura.

La amenidad del mundo es limitada. El paraíso de la infancia se va haciendo con el paso del tiempo sobre todo nostalgia y se descubre que no estaba libre de serpiente, sino que limitaba con la pobreza y con el dolor. La naturaleza lo enseña con el sucederse de las estaciones donde al estallido gozoso de la primavera sucede el tiempo de los frutos, pero también el invierno con lo que implica de

desposesión, de renuncia y de purificación. En invierno la nieve borra lo inservible, es el tiempo de la semilla, de la vida latente a la espera de la germinación. Y de aquí la importancia de la nieve y de lo blanco en la vida con todo su alcance simbólico: los paños que nos visten, las sábanas que arropan la desnudez de los sueños. Toda la sección “Protección de lo blanco” en *Proteger las moradas* (2008) alcanza unas resonancias incomparables sobre cómo en la vida lo blanco es siempre un recuerdo de ese *fulgor* perdido del paraíso inicial que va arrasando el paso del tiempo y también un impulso hacia lo trascendente.

Desde que leí los estudios de Juan Antonio Gaya Nuño sobre Zurbarán y la fuerza de imantación simbólica que alcanza en su pintura el color blanco no había vuelto a encontrar páginas tan luminosas sobre el pintor extremeño —su *fulgor*— como las de los poemas de “Suite de Zurbarán” —en *Paisaje de invierno* (1993)—, “*Agnus Dei* (Zurbarán. Museo del Prado)” —en *Las sílabas del mundo* (1999)—, “agnus”, de *Proteger las moradas* (2008), «La caridad de fray Martín de Vizcaya» y “San Lucas, como pintor”, en *Nombres de la mirada* (2020). Los cuadros evocados en estos poemas dan pie a meditaciones sobre lo trascendente sin que la atención a los objetos cotidianos se pierda, al contrario. Los sencillos cacharros blancos de un bodegón, el cesto de mimbre, los limones, el vaso de agua, etc. alcanzan en sus pinturas una contundencia extraordinaria. En lo cotidiano habita lo trascendente.

Acaso solo las páginas que María Zambrano dedicó al cordero místico del pintor extremeño en los ensayos recogidos en *Algunos lugares de la pintura española* se pueden colocar al lado de estos poemas. La blancura del cordero entregado manso para el sacrificio desborda su representación realista. La pintura y la poesía se alían y sus discursos adquieren dimensiones sagradas. La poesía desborda la écfrasis para convertirse en mirada asombrada ante los dones de la vida y los trasciende. Inevitablemente entonces la palabra se hace «callada, meditativa y temporalizada» como señala José Enrique Martínez, refiriéndose al franciscanismo de Puerto que emparenta con el de otro poeta castellano que ha sido para él un verdadero mentor: Claudio Rodríguez. Acerca de él ha escrito Puerto que la poesía es experiencia estética de lo sagrado y en ella “ha de aparecer necesariamente el franciscanismo: la salvación del mundo y del ser humano en y por lo humilde; la elevación de lo humilde al territorio de la poesía; o, casi mejor, el descenso de la poesía al territorio maravilloso y desatendido de lo humilde y de lo pequeño” (citado en p. 176).

La sencilla belleza que la mirada asombrada del niño descubrió en su precario paraíso revela ahora su sentido más profundo. Goza de la alta cultura porque aprendió el lenguaje primero y esencial de la tierra. A la fascinación de la mirada del niño ante la belleza natural y la colaboración de la mano del hombre en ella sucede la fascinación de la contemplación de las grandes obras de arte. Tanto da que sea una modesta estela o las ruinas de un monasterio como de una pintura excelsa de cualquier tiempo. En *nombres de la mirada* (2020) ha reunido Puerto sus poemas sobre arte. El libro es una invitación a recorrer la historia humana contemplando desde sus primeras manifestaciones —damas oferentes, aras, dólmenes, estelas...— a otras más contundentes: templos griegos, catedrales. Y también es una demorada visita a una galería personal de pinturas desde Brueghel y el Greco a Hiroshigue, desde John Constable a Friedrich y contemporáneos como Klee, Miró, Tàpies y Darío Villalba. También otras artes específicas de nuestro tiempo como la fotografía que fijan escenas decisivas como la de una niña leyendo un libro en las Misiones Pedagógicas o el gesto último de un miliciano herido de muerte en la célebre toma de Robert Capa. O incidiendo de nuevo en la vida familiar ascendente “Retrato de mi abuela Juana, por José Ortiz Echagüe” y unas catas en las artes populares —a cuyo

estudio ha dedicado tantos años— para glosar un “Pequeño pez de plata”, un “Plato de golondrina, Talavera” y “Flor de la adormidera”. Siempre al cabo la belleza del mundo y como la han plasmado sus cultivadores, desde el más modesto artesano al más reputado artista.

La conciencia de ser tiempo le hace comprender que en la vida se está de paso y es más importante la contemplación meditativa que la posesión material, más esencial la vida interior que el oropel exterior. Por esta ladera cobra todo su sentido la escritura poética de Puerto cada vez más breve y menos atildada, más sustancial y menos adjetiva. Hasta atenúa el uso de las mayúsculas en los títulos de los poemas y economiza en los signos de puntuación en sus libros de madurez. La vieja aseveración de Blake de que en el grano de arena se oculta el infinito cobra todo su sentido en esta estética de la desposesión y de lo pequeño.

Está por escribir un gran libro sobre la melancolía en la literatura y en la poesía de nuestro tiempo. No, no es solo un viejo tópico medieval y renacentista como mostró Panofsky estudiando a Durero o el retrato de Erasmo inclinado sobre sus papeles de Holbein, pongo por caso, sino que existe también *la melancolía moderna* que en nuestra literatura alcanza manifestaciones espléndidas en escritores como Azorín y Valle-Inclán. Basta recordar los personajes melancólicos que presenta el primero en *Castilla* (1912), ese libro transido de temporalidad donde hasta los edificios más sólidos como la catedral son roídos por los dientes insaciables del tiempo devorador. O del segundo sus reflexiones en *La lámpara maravillosa* (1916), a cuya portada antepuso un espléndido retrato simbolista José Moya del Pino en el que don Ramón, ataviado como un viejo rabino, se inclina melancólico sobre un viejo infolio cuyo sentido misterioso trata de explicar. No sería complicado aducir otros ejemplos, pero no es este el lugar. Pues bien, en ese hipotético pero necesario libro sobre *la melancolía moderna* en nuestra literatura tendrá que haber un capítulo dedicado a José Luis Puerto. Su poema ecfástico sobre el “Doncel de Sigüenza” —de *Paisaje de invierno* (1993)— muestra, como bien indica José Enrique Martínez, a un “Caballero más allá del tiempo”, un magnífico ejemplar de la melancolía renacentista, pero no lo hace con una voluntad descriptiva arqueológica sino construyendo Puerto un juego de espejos en el que hace suya la meditación melancólica: “Un caballero, llenos los ojos de tristeza, / Medita con un libro / Entre sus manos frágiles.”

En realidad, debajo de este caballero de piedra reposa callado quien tras guerrear con el infiel encontró la muerte. Su figuración escultórica lee un texto que actualiza viejos tópicos acerca de la fugacidad de la vida, que sirven para su caso, para el poeta y para nosotros:

Huye el tiempo y la vida
Del árbol otoñal ya se desgaja
Para pudrirse con las hojas secas
En el fangoso suelo de la muerte.
Huye el tiempo y nosotros
Nos vamos hacia el reino de ceniza
De la nada...

Se dan la mano así el mármol de la escultura con el que se ha querido mantener perenne la memoria del muerto y las hojas secas, que simbolizan en todos los tiempos y culturas la fugacidad de la vida. El hombre camina inevitablemente “hacia el reino de ceniza / De la nada...”. Las cosas más pequeñas —unas hojas del jardín del paraíso de la infancia— y las más elevadas realizaciones del genio humano llevan las marcas del tiempo y de la muerte. La écfasis en la poesía de Puerto no es

nunca descripción exterior de la obra de arte, sino camino hacia su interior y búsqueda de un sentido más profundo.

José Luis Puerto ha sido capaz de construir su propia tradición, su personal «orden simultáneo» de diferentes elementos culturales como diría Eliot y en consecuencia el lector avisado va descubriendo en su poesía numerosos ecos, pero que no se quedan en eso —en ilustraciones culturalistas más o menos afortunadas— sino que sustentan su voz, que al cabo resalta entre las voces poéticas actuales por su limpia y desnuda transparencia en la que nos presenta una original lectura del mundo tan apasionada como contenida. Hay en su poesía ecos que se multiplican como los círculos del agua cuando se arroja una piedra, pero hay sobre todo y ante todo una voz singular que ha ido construyendo con paciente tenacidad Puerto para contarnos y cantarnos con desnuda sobriedad castellana su visión del mundo. La poesía para José Luis Puerto es un instrumento imprescindible para descifrar el misterio de la existencia.

Jesús RUBIO JIMÉNEZ
Universidad de Zaragoza